



Mons. Salvio Huix Miralpeix, Obispo de Lleida.

SEMINARISTA

En Vic se está levantando, y cuando salgan estas líneas se habrá inaugurado, en parte al menos, un espléndido seminario. Era necesario, como lo es en la mayoría de las Diócesis españolas.¹

Nacieron nuestros seminarios al calor de los decretos del Concilio de Trento, pero no hace aún muchos años, especialmente en Cataluña y de un modo particular en Girona y en Vic, no albergaban habitualmente más que los seminaristas de los últimos cursos. Los demás o vivían en régimen de externado, ya sea en pensiones, ya en casas particulares, donde

prestaban los servicios de Maestro o "ayo" de los pequeños de la casa, o internos en algún colegio fundado expresamente para seminaristas pobres. Los tiempos no eran tan malos como para temer que el ambiente destrozara gran cantidad de vocaciones.²

Por otra parte, ni la situación económica familiar de la mayoría de los seminaristas les permitía pagar una pensión, ni las Diócesis contaban con fondos suficientes para costear la carrera al gran número de jóvenes que al seminario acudían. En el fondo, ha tardado mucho en ser comprendida la necesidad de que el futuro sacerdote se forme íntegramente desde los primeros años en un riguroso internado. Por esta razón y dado el gran número de ellos, el seminarista



Catedral de Vic

¹ Efectivamente se inauguró en 1949, obra del arquitecto Lluís Bonet Garí.

² En el caso de Vic, para seminaristas pobres, sobretodo para los de los primeros cursos todavía demasiado jóvenes para establecerse en masías o pensiones, el benemérito P. Pere Bach, del Oratorio, creó en 1861 una institución conocida en la ciudad con el nombre de La Panissa, que funcionó como Seminario Menor hasta 1936.

era un elemento y no el menos importante ciertamente, de la vida social, cultural y hasta política de esas ciudades y de las grandes masías del entorno: la historia de los últimos cien años sería interesantísima para ellas, enfocadas desde el seminario.

Durante las guerras carlistas se vaciaron por completo, pues los mayores se fueron a la guerra, los jovencitos que quedaron iban cursando bien que mal sus estudios, ya en la misma capital, ya en otras parroquias de la Diócesis. Los que volvían, ostentando en su pecho estrellas y condecoraciones ganadas en el campo de batalla, daban una nota de color especial a los patios del seminario.

Los nuevos modos de la sociedad actual y sobre todo, sus vicios han confirmado plenamente la soberana visión de los Padres del gran Concilio de Trento. La vocación al Sacerdocio es una flor que ha de ser muy cuidada; expuesto el seminarista a los peligros del mundo se le hace muy difícil llegar al santuario; y si lo alcanza, es probable que no sea con la garantía necesaria para una vida que se ha de consagrar enteramente, en medio del mundo, a Dios y al prójimo. Hoy vemos claro todo esto; años atrás, especialmente en ciudades levíticas como Girona y Vic, no se comprendía, pues no hay que olvidar que gran parte de sus hogares eran, no solamente cristianos, sino profundamente religiosos y en ellos no se ofrecía peligro alguno al seminarista. Pero hoy, repetimos, eso ya no se puede sostener; desde sus primeros pasos ha de vivir el seminarista en toda la plenitud la vida del Tabernáculo. Junto a todo esto se impone hoy una formación bastante distinta a la de antes. El sacerdote ha de luchar en un mundo y contra un mundo moderno para volverlo hacia Dios, ¡y es tan distinto ése del de ayer!

Los seminaristas de Vic usaban hace años alpargatas negras, capa y sombrero de copa. ¡Toda una historia que se fue! El seminario tiene que cerrar forzosamente sus puertas porque los muchachos no caben dentro de sus muros, ni dan sus ventanas suficiente luz, ni existen patios capaces para dar desahogo a los seminaristas, que necesitan, como todos los jóvenes, saltar, correr y jugar; ni hay tampoco suficientes aulas para desarrollar el número y clase de asignaturas que componen el nuevo plan de estudios, ni la Biblioteca está al alcance de todos, ni... en fin, la vieja casa no puede ya formar modernos sacerdotes. Y sin embargo el día que el Prelado cierre la puerta y tire la llave, Vic llorará; debiera hacerlo al menos.³

Confieso que, la primera vez que entré en el seminario existente hasta 1947, me sobrecogió el sentimiento de algo grande que penetraba hasta el fondo del corazón. Dos lápidas, tan sólo, de mármol, a uno y otro lado de la puerta, le bastan al sacerdote de hoy para enmudecer. Dos nombres, Balmes y Claret, campean en ellas.

Ni el uno ni el otro son de tan lejanos tiempos como para no llamarlos de hoy, ni tan recientes para que no los consideremos íntimamente unidos a aquella pléyade de nombres ilustres de santos y de sabios en que tan pródiga ha sido la ciudad de Vic. Huelga citarlos porque están en todas las historias eclesiásticas y la omisión de solo uno sería imperdonable: todos ellos se formaron en aquellas aulas, leyeron los libros de aquella biblioteca, rezaron en la misma capilla. ¿Tendrá el nuevo seminario tanta virtud? Pues bien, una de las mayores glorias del P. Huix será siempre haber sobresalido en este seminario. ¡Salvi Huix, seminarista!

³ Fue a raíz de la expulsión de los Jesuitas, en tiempo de Carlos III, concretamente en 1770, gobernando la diócesis don Bartolomé Sarmentero, cuando el Seminario Diocesano, que ya había ocupado otras sedes, vino a establecerse en la residencia que la Compañía de Jesús dejó. Hasta 1948, debido a la abundancia de seminaristas, se fue completando con otros edificios vecinos que ampliaron la instalación.

Nacido entre las abruptas sierras de la Selva y de las Guilleries y acostumbrado a respirar plenamente el aire de las tierras abiertas, no le extrañó nada del seminario. Desde el primer momento, ni le pesó la disciplina, ni le ahogaron las pequeñas ventanas de las aulas, ni se fatigaron sus ojos a la luz artificial. Estudió, obedeció, rezó, se santificó. Muchacho de inteligencia clara, consiguió siempre y en todas las asignaturas la máxima calificación. Para él no las hubo primarias y secundarias. Todas le son necesarias al sacerdote y ¡cuántas veces serán las que llamamos secundarias las que abrirán las puertas de las almas! Claro está que la Filosofía y la Teología son la médula de toda la formación intelectual del sacerdote, pero no se pueden descuidar ni las Humanidades ni las asignaturas llamadas de adorno, ya que son indispensables a quien quiera adentrarse, con afán de apostolado, en el alma de esta sociedad hecha, la mayor parte de las veces, tan sólo de conocimientos de adorno con los que quiere vestir su falta de profundos y más sólidos principios.

Pero en Vic, no es ésta la nota extraordinaria de un seminarista, pues son bastantes en cada curso los que logran la máxima calificación. El ambiente, un grupo de profesores verdaderamente sabios y el afán de cultura, hacen que penetre insensiblemente en el alma de los escolares, incluso de los medianamente dotados, el afán de estudiar para saber mucho, lo cual da un resultado excepcional en las calificaciones de fin de curso.⁴ Por otra parte, la inteligencia y las buenas notas no lo son todo en un seminarista; muchas veces llegan a serle incluso perjudiciales. Al salir del seminario el joven sacerdote, sobre todo en la Diócesis de Vic y especialmente en aquellos tiempos de superabundancia tenía que ir forzosamente, bien a su propia casa a esperar que se produjera una vacante, bien, si era inmediatamente colocado, a parroquias de muy pocos habitantes, donde le esperaban, al lado del Párroco, una temporada de escasa tarea y una ausencia casi total de las relaciones que llamamos culturales y de sociedad.

Hoy son pocas las parroquias que pueden darse el lujo de tener un Coadjutor; pero entonces las había en Vic y en Girona, aun de doscientos habitantes, que lo tenían. Para ir allí, ¿qué falta hacía una gran inteligencia y una serie ininterrumpida de calificaciones sobresalientes? Después de aquella parroquia le esperaba al sacerdote otra de algo mayor categoría y después otra y así sucesivamente durante varios años hasta llegar a ser, los más privilegiados, Coadjutores de alguna de las pocas con que cuenta la Diócesis, de verdadera importancia por su número de habitantes. Llegaban luego los primeros concursos en que podía tomar parte, para salir de ellos, si lograba aprobarlos, hacia una parroquia, entonces como Párroco, de aquéllas en las que había empezado su vida sacerdotal.

Allí se esperaba otro concurso y más tarde otro, para terminar los mejor dotados, cuando contaban alrededor de los cincuenta años, en una de las pocas, repetimos, principales parroquias del Obispado, en las que la inteligencia y los conocimientos culturales pueden manifestarse y explayarse de alguna manera eficaz. Tal era el panorama que a la inmensa mayoría de los seminaristas esperaba en la Diócesis de Vic en los tiempos del P. Huix. En vista de ello, se comprenderá fácilmente que el elemento formador propiamente dicho del seminarista, no ha de

.....
⁴ Hojeando el Boletín Oficial del Obispado de Vic se pueden leer las calificaciones de Salvi Huix en Quinto y Sexto de Teología, los últimos cursos por ejemplo. En las asignaturas principales, Teología Moral y Hermenéutica, sale en ambos cursos, 1901-1902 y 1902-1903, con la calificación máxima: *Meritissimus*.

ser en modo alguno ni el cuidado de su inteligencia, ni el afán de conseguir buenas calificaciones. En cambio, la obediencia le era una virtud esencialmente necesaria. Lo es también hoy; pero muchísimo más entonces, cuando el mandato del superior podía suponer un aislamiento largo y total de esta vida social a la que, insensiblemente, todos nos apegamos.

Aunque parezca raro, lo cierto es que son más los hombres inteligentes que los obedientes. Nos referimos, claro está, a los obedientes en su intimidad, no a los que agachan la cabeza y se someten en el exterior únicamente. Los obedientes auténticos son los que ofrecen su alma, no los que sólo entregan su cuerpo; no los que carecen de intrepidez para rebelarse externamente, sino



Seminario de Vic

los que en su alma saben renunciar a su propio criterio y pensamiento, a sus gustos y apetencias, por legítimas que sean, en aras de la voluntad de otro, al que la ley o la propia voluntad han impuesto como superior. ¿Qué duda cabe que a veces los superiores se equivocan y que entre los súbditos los hay que actuarían mejor que ellos? Pero mientras uno es superior y otro inferior, a aquél toca gobernar y al otro obedecer; y esto es lo más difícil sobre todo cuando se posee una inteligencia despejada y profunda. Tampoco son siempre los que mandan los mejores; pero por ello es tan meritoria la obediencia, sobre todo en aquellos que están destinados para corregir, otro día, los desaciertos de quienes fueron un tiempo superiores suyos, cosa que ocurre a las veces.

Pues bien; todos los datos que poseemos del P. Huix, de maestros y compañeros, nos lo presentan como un perfecto

seminarista en la virtud de la obediencia, lo cual en hombres como él, dotado de una personalidad tan propia, prematura y destacada, es ya prenda segura de perfección sacerdotal. Y si es verdad que quien sabe obedecer sabe después mandar, en el P. Huix encontró esta frase una perfecta confirmación. Y sabe Dios si en la obediencia supo aprender aquellas dotes extraordinarias de gobierno que luego debía manifestar, tanto en el Oratorio de San Felipe Neri como en la Congregación, y últimamente en las Diócesis que rigió. Al serle anunciado el nombramiento de Obispo no dijo ni sí ni no, lo que los superiores quieren. He aquí la perfecta obediencia.

No hay que suponer en el P. Huix un carácter sin exigencias, ni tendencias malas, ni pasiones: las tuvo, sin duda alguna. No podemos saber, naturalmente, lo que a este respecto

ha revelado su Proceso; pero el contacto del autor con él durante algunos años nos demostró lo suficiente para comprender que en su interior se libraban a veces sangrientas luchas, ante la visión de algo que iba muy en contra de su criterio sacerdotal y de hijo humilde de la Iglesia. Alguna vez me hizo pensar en san Francisco de Sales. Si esto lo vimos cuando era ya Obispo de Ibiza, o sea, cuando los años, la vida y los ejercicios ascéticos le habrían hecho señor de todo lo suyo, ¿qué no ocurriría en su edad temprana de seminarista, recién bajado de las salvajes montañas? Así se santificó, poco a poco, juntando al estudio y a la obediencia una piedad intensa, seria y varonil, y al mismo tiempo eminentemente atractiva y simpática. Desde los primeros años apareció en su exterior como lo que más adelante tenía que ser: un sacerdote de san Felipe Neri. De él poseía ya la humildad, la gracia y la simpatía, la sencillez en el huir de ruidos y vanaglorias, el ocultarse en el momento del triunfo, el no cejar nunca en el trabajo emprendido y el celo apostólico que se manifestaba ya entonces en el catecismo, visita a los hospitales, Apostolado de la Oración, etc., etc.

Así tuvo que triunfar necesariamente en los abundantes palenques por los cuales se desarrolla durante catorce años, su vida de seminario, que no es vida ni de noviciado ni de Universidad, lugares donde se puede triunfar, ya sea sólo con una virtud preeminente, ya con una inteligencia feliz. La psicología de un mundo de seminaristas, muchos de los cuales no llegarán al fin de su carrera, es un complejo difícilísimo de comprender y sobre todo de organizar. Todas las aristas de esas almas, que pueden ser y pueden no ser llamadas al Sacerdocio, se muestran a lo largo de los días en su afilada y a veces terrible realidad.

Que un superior triunfe en su labor de formación, es algo extraordinario; pero que el seminarista logre imponerse por sí mismo, lo es aún mucho más; y esto es lo que logró el Huix seminarista desde el primer instante. Nos lo dicen los superiores que tuvo y, lo que vale más todavía, sus mismos compañeros. Uno de éstos dice que *«De su estancia en el seminario podría escribirse un tratado de sinceridad apostólica»*. Otro afirma: *«Quien haya tratado y conocido al P. Huix en el seminario comprende enseguida que ha de ser bien recibido en cualquier lugar que vaya; que lo diga si no nuestro seminario, que conoció su ejemplaridad de estudiante»*. Un tercero afirma que: *«El Huix seminarista tuvo siempre el don de comprender el carácter de todos sus compañeros y saber de qué manera era posible ponerles de acuerdo para realizar alguna cosa que debía hacerse en común; ya entonces empezó a saber hacerse cargo de todo»*. Su personalidad se imponía de tal forma que lo que nadie había podido conseguir, a él se le hacía sumamente fácil, y no por una especie de sugestión que procediera de sus condiciones externas, sino porque se consideraba que cuando Huix creía buena una cosa, debía serlo necesariamente; así no era maravilla que los más recalcitrantes terminaran por ceder, diciendo: *«¡Ah, si tú lo crees así...!»* Todo ello como la cosa más natural y corriente del mundo.

Conseguía las mejores notas sin que, al parecer, hubiese hecho otra cosa que asistir a las clases y estudiar las horas estrictamente reglamentarias; obedecía en lo más difícil con la misma facilidad que en lo más simple, y su piedad era tan simpática que a nadie molestaba, ni aun a los que, como ocurre siempre, esa virtud de los fervorosos se les antoja hipocresía y vulgar adulación.

Era metódico cumplidor de los deberes que imponía la vida de estudio, aun en aquellos en que no paran mientes a veces ni los más estudiosos. Hemos podido ver, por ejemplo, varios programas de diversas asignaturas, en especial de Filosofía y Teología, escritos de su puño y

letra; todos están completamente limpios y en ellos no hay ni una sola anotación que le pudiera servir para los exámenes, ni una mancha, ni un borrón y, lo que es más edificante, todos ellos terminados con expresiones como éstas: «*Omnia siquidem vincit improbus labor. Ad majorem Dei Gloriam sint quaecumque grammata scripsi. Exitus acta probat*».

De sus papeles, escritos sin duda en sus últimos años de seminario, cuando ya se ejercitaría en la labor de predicación, hemos leído tres homilías, en las cuales ya se vislumbra el predicador profundo, evangélico y ameno, que debía luego descollar en el Oratorio predicando a sus congregantes. Nos ha llamado poderosamente la atención en ellas el comentario que hace al pasaje del evangelio «*nadie puede servir a dos señores*»; no parece escrito por un seminarista; podría muy bien firmarla el más reputado predicador sagrado.

«*La frase: no hay hombre célebre para su ayuda de cámara o ningún general para su asistente, escribe el Rvdo. Luis Otzet, Párroco de Jorba y condiscípulo del P. Huix, no tiene aplicación en él y hasta nos atreveríamos a decir que los que hemos sido condiscípulos tenemos de él un concepto más elevado de su valer, que los que no han tenido, como nosotros, la suerte de convivir con él durante los largos años escolares. Siempre ha gozado entre nosotros del mismo e inmejorable concepto. Era para todos el único considerado superior en todo y de todos. El P. Salvi, ya en el primer año de latín, era lo que es hoy, un carácter lleno del sentido práctico que da la sólida virtud, era lo que suele decirse todo. Nunca tuvo nada que ver con nadie, y eran, en el primer año, ciento treinta y cinco condiscípulos. ¿Altos y bajos?, el P. Huix fue siempre el mismo; el primero en las aulas, el número uno de los condiscípulos. Ferviente amorador de los momentos perdidos, tenía tiempo para todo cuando se trataba de hacer el bien o entrenarse en las obras sacerdotales, especialmente Apostolado de la Oración, enseñanza de Catecismo, etc., etc.*»

Catorce años de seminario con una regularidad absoluta en la conducta, en los estudios y en su labor apostólica, debían forzosamente acreditarle entre sus compañeros y sus superiores. No es raro, pues, que al salir de aquel Centro todo el mundo pensara que el sacerdote Huix estaba destinado para las mejores colocaciones y cargos del Obispado. Y sin embargo, apenas ordenado, en 1903, tuvo que irse a su casa, esperando que le señalara el Prelado su primera parroquia para empezar a iluminar a las almas, único fin de toda su vida.⁵ Al poco tiempo, fue nombrado Coadjutor de la Parroquia de Coll, mientras recorría entonces el Obispado de Vic, en visita Pastoral, el inmortal Obispo Torras y Bages, al cual, al llegar a la Parroquia de Santa Margarita de Vallors, tuvo el honor de asistir el joven sacerdote. Era costumbre entonces, antes de ir a la primera parroquia, sufrir un nuevo examen. Al saber el Sr. Obispo que aquél se hallaba en tales condiciones, montado ya en la mula, hízole delante de todos algunas preguntas y al terminar le dijo: «Ya estás examinado; vete a la parroquia».

La juventud, pues, del P. Huix, esta juventud de seminario tan compleja y difícil: alegre unas veces, otras muy triste, llena de problemas difícilísimos de resolver, hecha hoy de esperanzas y

.....
⁵ Salvi Huix obtuvo el Orden de Presbítero el 19 de septiembre de 1903, en Témporas, y cantó Misa en el santuario de Pedró, donde su madre le había ofrecido a la Virgen nada más nacer. Había recibido el Subdiaconado, 1902, a título de Patrimonio propio. Fue nombrado, como se ha dicho, coadjutor de la parroquia de Nuestra Señora del Coll, que también incluye un santuario mariano; y en 1905 va destinado finalmente también como coadjutor a Sant Vicenç de Castellet, población obrera junto al río Llobregat; allí termina su íter como presbítero diocesano. A los dos años ingresa en el Oratorio de la ciudad de Vic.

mañana de desfallecimientos, devota y rebelde, pesimista y optimista, pacífica y belicosa, fue maravillosamente ejemplar, preludio seguro de lo que debía ser su fecundo sacerdocio.

Ignoramos el destino asignado por la Providencia en un futuro próximo al vetusto edificio del seminario de Vic; pero sería una verdadera lástima que llegara a cerrar sus puertas definitivamente sin haber homenajeado como es debido al que fue su seminarista durante 14 años, luego, como veremos, su profesor de Ascética y Mística y director espiritual de muchos seminaristas. ¿Y por qué no una lápida junto a las de Balmes y Claret?⁶

.....
⁶ Una vez inaugurado el seminario nuevo, las instalaciones anteriores continúan en parte destinadas a actividades eclesiales; otra parte se ha ido vendiendo. En el espacio que fue colegio de seminaristas pobres se instaló después de 1939 el prestigioso Museu Episcopal, mientras el Seminario Menor funcionó unos años junto al santuario de la Gleva.